



(Continuación.)

A continuación le refiere cómo aquel luminoso día, mediante la ayuda de Nuestro Señor, tomaron a «escala viva, por la fuerza de las armas». Nos, estamos muy alegres, porque su Divina clemencia nos muestra y abre cada día el camino para estas empresas.

Pero la alegría suele siempre durar poco. Doce días después de esta carta ocurrió el terrible desastre de los Gelves, oscureciéndose la estrella de Navarra e interrumpiéndose nuestros progresos en Africa.

En los años 1511 y 12 ocurrieron en Europa notables acontecimientos, en los que España y Fernando jugaron las cartas más importantes de aquel período. Las bazas eran Nápoles, Venecia, el Milanesado y Navarra, siendo los personajes el Papa Julio II, Pontífice soñador e intrigante; el ambicioso Luis XII de Francia; el rey de Romanos, Maximiliano; el rey Enrique de Inglaterra; los reyes de Navarra, y, por último, el astuto Fernando de Aragón, que había de mover los hilos de aquel guñol.

Es digno de exponer en breve resumen el peligroso enredo de aquellos hechos históricos, con su liga de Cambray, una de las confederaciones más ruidosas e inicuas que se hicieron entre las naciones.

En este enjuague estaba metido Fernando, motivo por el cual no prestó todo el auxilio debido a Cisneros para su expedición de Orán.

El objeto de la citada liga era el de recuperar algunos estados que la República de Venecia había arrebatado en anteriores guerras al Papa Julio II y a los demás confederados, con la particularidad que todos ellos estaban en paz con ella.

Para disimular sus intenciones, el Papa publicó en el Consistorio de enero de 1509 que la liga era contra el Turco, intenciones igualmente torcidas que cada uno llevaba también en secreto para sus logros.

Fernando buscaba la investidura de Nápoles. El Papa se entendía secretamente con Venecia para ver si podía recuperar sus tierras sin las armas, para el proyecto de su Pontificado, buscando el que sus poderosos se destrozasen mutuamente para arrojarlos a todos de Italia. El francés estaba a la espera de echarse sobre Nápoles, que le había arrebatado el Gran Capitán. Maximiliano también conspiraba contra el Aragonés, mientras éste, con su terrible infantería española, se aprovechaba de todo.

Con la partida de Cisneros hacia Orán, coincidió la entrada de los franceses en Italia, aniquilando a los venecianos en Agnadel, apoderándose de Bérgamo, Brescia y Cremona; el Papa recuperó lo suyo y a España se le entregaron, sin pelear, las plazas de la Pulla.

Los franceses, envalentonados con sus triunfos, quisieron tomar Nápoles y los estados Pontificios, apoderándose de Bolonia. Pero la situación cambió súbitamente con la liga santísima entre el Papa y Fernando, e incluso la vencida Venecia.

De todo ello, el que mejor parado salió fué Fernando, pues el Emperador, en situación muy precaria, tuvo que ceder ante el astuto Aragonés en el litigio de la sucesión de Castilla, quedándose él de gobernador. Al Papa también le costó cara su alianza con el Católico, pues tuvo que concederle la investidura de Nápoles, que tanto había resistido, ya que había convenido con él Luis XII en revertir aquella corona a Francia.

Ninguno de estos manejos notificó Fernando a Cisne-

← *Fachada de la Universidad Complutense, fundada por el Cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros, y que fué reedificada en piedra por el Dr. Turbalán a mediados del siglo XVI, cumpliéndose así la profecía del Cardenal de «que acabaría en piedra lo que empezaba siendo arena.»*

ros; pero tiempo después, al saber éste el alcance de la alianza, lo reprobó, según una carta del archivo Medinaceli.

No terminan aquí las intrigas de Fernando, pues con la excusa de mandar una gran expedición guerrera al Africa para vengar el desastre de Gelves, removió a los nobles y a la nación entera para el logro de otra empresa que era el «francés», y así dicen que el rey de Francia decía «que el sarracín contra quien se apercibía el rey, su hermano, era él».

Luis XII refería que el zorro Aragonés le había engañado ya seis veces, cosa que enfadó al Católico, que contestó: «Diz el hijo de p... que le he engañado seis veces, cuando en realidad han sido más de diez». (36)

Fernando intentó separar de la liga al Emperador con el francés, y atrajo al rey de Inglaterra para que atacase al francés en su territorio.

Al mismo tiempo llamó a Cisneros a Sevilla para consultarle, pues no desconocía la importancia que tenía para remover la nación. El Cardenal, aunque de mala gana, por no gustarle la Corte, se puso en camino en el mes de enero de 1511, uno de los inviernos más crudos de la época, llevando un penoso viaje. En Torrijos hizo escala, alojándose en casa de la santa y piadosa matrona doña Teresa Enríquez, «la Loca del Sacramento», creyendo estaba esta señora fuera, y que al enterarse no ser cierto, salióse a pernoctar en el convento de franciscanos.

Entre lluvias, fríos y nieves, llegó por fin a Sevilla a los dos largos meses, saliendo el Rey a recibirle a La Rinconada, a 20 kilómetros de la ciudad.

Fernando recibió carta de Julio II pidiéndole auxilio, y esto fué lo que dió legalidad a la situación para marchar a Italia en vez de al Africa, punto que también apoyó Cisneros, contribuyendo en ayuda al Papa con 400 ducados, ofreciéndose, si era preciso, a ir en persona al frente de los ejércitos. Pero por junio, y antes que el Rey, salió para su diócesis, con objeto de arreglar unos asuntos y escandaloso caso allí ocurrido durante su ausencia sobre una coadjutoria en el Arcedianato toledano, regido por don Juan Cabrera, que se excedió ilegalmente en sus funciones.

Arreglados estos menesteres, marcha Cisneros a Burgos a juntarse con Fernando, recibiendo por aquellos días de los reyes Tremecén y Túnez, temerosos de los armamentos del Rey y de las armas de Navarro, un mensaje de paz a Fernando, con un curiosísimo presente, que así se describió en la época: «trajeron 130 cristianos que estaban cautivos en su reino, e veintidós caballos cubiertos de grana, e los botones de abajo de la barriga, de oro... mas un juego de ajedrez de oro, tabla e trebejos; e cada un trebejo atado una cadenita de oro; con pollos recién nacidos; e una gallina morisca, india, pintada pardilla, que cantaba muy maravillosamente; e un león manso pequeño; e una doncella pequeña blanca como nieve, e muy hermosa, de sangre real, e muy vestida de terciopelo, con una cadena de oro e muchas piedras preciosas, e mas 60.000 doblas, e otras muchas cosas».

La alegría del Cardenal fué inmensa, viendo en esto el fruto de sus trabajos, por lo cual ordenó en Toledo tres días de fiestas en acción de gracias.

Pero cuando se disponía el Cardenal salir para Burgos, vióse acometido por «un dolor de yjada que me ha retentado, que ha más de cuatro años que no lo tove, no he podido partir tan presto como quisiera ... y aunque estoy mejor, bendito Nuestro Señor, hame quedado algún fastidio, pero yo me daré toda la priesa que pudiere».

Llegó por fin a Burgos el Cardenal, alojándose en las amplias casas de Diego de Soria, junto a la puerta de San Gil, y se dice que paseando cierto día por allí en

(36) En su fino instinto, Fernando profesaba una «cordial aversión contra Francia» y su bellaco rey.

compañía del Infante D. Fernando, el Arzobispo, aunque fatigado ya por muchos años, conservaba aún su esbelta figura, llevando con dignidad la púrpura cardenalicia. El Infante andaba por los ocho años, contrastando su dorada infancia con la adusta ancianidad del Toledano. Vides el Rey desde una ventana, y diz que exclamó en voz alta: ¡Dios os guarde, nieto, en tal compañía, y ojalá nunca os separéis de él!

El anciano acompañó al niño hasta palacio, y cuando ya se retiraba a su alojamiento, empenóse el pequeño en acompañar a su vez al Cardenal; pero éste no lo consintió, y, agradeciendo el obsequio, se retiró de palacio.

Entre tanto, el Papa clamaba para que se cumpliera el tratado de la liga santísima contra el rey de Francia, que le traía de cabeza, y así, en enero de 1512, se empezó a mover el ejército Hispano-Pontificio, apoderándose de Brescia y sitiando a Bolonia. Pero, de improviso, apareció en Italia el joven y extraordinario general Gastón de Foix, hermano de la Reina de Aragón, Germana, y, por lo tanto, cuñado de Fernando.

Con la rapidez del rayo se dirige a Bolonia, obligando a Cardona a levantar el sitio, cayendo acto seguido sobre Brescia, de la que se apoderó en el acto.

Pronto se apercibieron los Hispano-Pontificios de la audacia y dotes guerreras de tal generalito (37), ordenando Fernando a Cardona que no aventurase batalla hasta que él tuviese tiempo con el Inglés de atacar por España a los franceses, para distraerles fuerzas. Desobedeció Cardona el prudente consejo del Rey, sufriendo la más terrible y sangrienta derrota de Rávena, entre los 25.000 hombres del francés y los 16.000 del Pontífice, quedando el campo por los franceses, después de ocho horas de pelea, sosteniendo toda la lucha la infantería española, mandada por Navarro, metiéndose armados de espada y puñal en medio de los lansquenets alemanes, acuchillando escuadrones enteros, retirándose al ocaso del día ahitos de matar, sin perturbar sus formaciones. Muy cerca de 15.000 hombres perdió el francés, con casi todos sus capitanes, quedando en el campo de batalla el general de la caballería, Ibo de Alegre, y el mismo generalísimo Gastón de Foix, que al ser derribado del caballo por un soldado español, gritó: «¡Teneos, que soy el hermano de vuestra reina!»; pero no le valió el truco, o salvoconducto, siendo allí mismo muerto en el acto.

Colonna y Navarro quedaron prisioneros, atribuyéndose la derrota a no haber obedecido a los jefes, ya que creían que sólo con la infantería habrían de vencer, teniendo Colonna que lanzarse a la carga sin ayuda, diciendo que «todos habían de morir por la obstinación de un marrano». Navarro defendió hasta el último extremo la retirada de los 6.000 españoles, hasta caer prisionero, desapareciendo del ejército español desde este día, para empezar a luchar contra su misma patria que le engrandeció, alevosa traición sin excusa entre caballeros.

De esta cruenta batalla es la frase que se extendió por entonces entre ambas naciones, y con más razón que nunca de dijo: «El vencido, vencido, y el vencedor, perdido», exclamando el rey de Francia al saber el resultado: «Dios nos libre de alcanzar jamás victorias semejantes». ¡Siglos gigantescos en que no se podía hacer frente impunemente a la Infantería Española!

El Papa se echó las manos a la cabeza, y otro hubiese sido el resultado de haber intervenido Gonzalo de Córdoba, si no hubiesen persistido las suspicacias de Fernando hacia el Gran Capitán.

Menos mal que el Aragonés, con su bien ganado título de zorro, logró entrarse en la liga el de Inglaterra, y que el Emperador hiciese treguas con Venecia, de modo que suizos y venecianos atacaron por la retaguardia al aniqui-

lado ejército francés, haciéndoles perder todo lo conquistado, evacuando, todo deshecho, el Milanesado. Pero el ladino y voluble Julio II, en cuanto vió la preponderancia de los españoles, volvió contra ellos todo el odio que tenía a los franceses, procurando por todos los medios de arrojarnos de Italia, pues manejaba mejor la espada que las llaves de San Pedro, y haciendo que los venecianos se aliasen nuevamente con Francia, vuelve a encender la guerra, siendo derrotados por los suizos en la terrible batalla de Novara, mientras Cardona, con los españoles, entraba en Venecia, cañoneando la ciudad, saqueándola, levantándose todo el país en su contra, persiguiéndole hasta Vicenza, donde, en tremenda batalla, los españoles aniquilan a los venecianos, pasando a cuchillo a 5.000 hombres, ocasionando cuantiosas pérdidas en capitanes, banderas, artillería y multitud de prisioneros. ¡Terrible desastre!

El último hecho histórico de Fernando fué la anexión de Navarra a la corona de Castilla, consumada con la fuerza de las armas y arrastrado a ello por los acontecimientos y circunstancias.

En la carta que Fernando escribió a Cisneros exponiéndole sus planes guerreros, nada dice sobre la invasión de Navarra, cuyo rey, de origen francés, no merecían confianza sus pensamientos dudosos, por lo cual a Fernando no le convenía dejar enemigos a su espalda. Primero invitó a unirse con él, contra el francés, por medio de un tratado, al que el navarro da largas por estar preparando con el rey de Francia el tratado de Bloix, rechazando el presentado por el Católico.

La muerte de Gastón de Foix, pretendiente al Bearne, hace que el navarro ofrezca ahora el tratado al aragonés. Pero éste, con los hilos de sus tramas muy bien cogidos, exige garantías, como poner señores navarros de su satisfacción y confianza en San Juan Pie de Port, en Maya y en Estella, llaves de la frontera.

El 18 de julio de 1512 se termina el tratado de Bloix entre Francia y Navarra, en que se comprometían a «hacer guerra lo más dura posible a los que se la hiciesen a Francia».

Pero para pasmo de sagacidad y buen olfato del astuto aragonés, vemos cómo éste conoció el tratado antes de que se firmase (17 de julio) por sus enemigos, llamándole «suma del tratado», pues no era su copia literal.

Según versiones de la época, Fernando conoció este secreto de Estado de la siguiente forma: Un secretario del Rey, Labrit, que llevaba copia de los documentos, fué asesinado por su querida (o por el mismo Rey, que le sorprendió con una a quien él buscaba). El clérigo Juan de Errasti, que le asistió y ayudó a bien morir, se apoderó de sus papeles y se los llevó al Rey Católico.

Lo cierto es que, bien por estos medios o por astutos y perspicaces espías, en cuya organización fué un expertísimo el aragonés, llegó a conocer el tratado en sus cláusulas secretas. Con esto estaba ya justificada la guerra e invasión de Navarra.

¿Qué opinaba Cisneros de la justicia de la guerra? Fué opuesto a su realización, escribiendo al Rey disuadiéndole y cargándole en su conciencia, exhortándole a que lo pensase bien antes de lanzarse a la aventura. Únicamente por la muerte de la concubina por el mismo rey navarro, pareció cambiar el ánimo de Cisneros para inclinarse por la dicha guerra, al hallarla justa por la felonía de los afrancesados reyes, poniéndose en marcha el 18 de julio de 1512 el ejército, mandado en sus diversos cuerpos por Villalba, Renjifo, don Alvaro de Luna, don Pedro Manrique, Sancho de Leiva, Pedro Ruiz de Alarcón, don Diego de Toledo, don Francisco de Cárdenas, don Diego de Castilla, don Diego de Rojas, Alburquerque, el del Infantado, Béjar, Condestable de Castilla; Nájera, Villena, Benavente y hasta el revoltoso Obispo Acuña, yendo en vanguardia el Condestable de Navarra, don Luis de Beaumont, antiguo amigo de Castilla, tachado de traidor por los nava-

(37) Este generalito de veintidós años era llamado «el Rayo de Italia», y dotado de un especial genio castrense, no obstante su edad. Sus pretensiones eran coronarse Rey de Navarra.



Fernando el Católico muere en Madrigalejo, en la madrugada del miércoles 23 de enero de 1516, acompañado de las fingidas lágrimas de su segunda esposa, Germana de Foix.

rrros, entrando los ejércitos castellanos en Pamplona el 25, sin resistencia alguna, pues sus reyes, abandonando al pueblo navarro, huyeron a Francia, traicionándoles, rindiéndose toda la región, menos Tudela, que resistió hasta septiembre, siendo nombrado Fernando depositario del reino de Navarra, no obstante lo cual escribió un manifiesto a los reyes navarros, prometiéndoles devolver el reino, encargando de la misión al Obispo Acuña; pero aquéllos le apresaron, contra el derecho de gentes, entregándole al francés, en vista de lo cual las tropas castellanas llegaron hasta los Pirineos, ocupando en Francia San Juan de Pie de Puerto, abriéndose camino en las rocas «amollentándolas» con «fuego y vinagre» para pasar la artillería.

Llega octubre, y el navarro, al frente de 15.000 hombres, y apoyado por un ejército francés, obliga al duque de Alba a replegarse hacia Pamplona, en donde volvió el ejército castellano a rehacerse y a recuperar terreno, contándose que estando el Rey con Cisneros en Logroño, le exhortó diciéndole: «Estas cosas de acá, Nuestro Señor las va haciendo y enderezando mejor que nosotros lo sabremos pensar. Estos franceses se van y han recibido harto daño, y ahora han escrito a su Alteza cómo les han tomado el artillería y han muerto muchos dellos, y cada día se espera la nueva de en lo que paran, porque aún no han acabado de pasar los puertos, y tiénenles allí tomados los caminos, creyendo se perderán muchos dellos». Era el 8 de diciembre.

Para estas campañas el Rey pidió al Cardenal un empréstito «para expeler al francés que ha invadido a Guipúzcoa..., y para el sostenimiento de Orán» (cuarenta y cinco millones). De esta forma quedó incorporado el reino de Navarra a la Corona de Castilla, guardándole al mis-

mo tiempo sus fueros y leyes, quedando así anexionado aquel rincón de tierra española a la unidad política de la Patria hispana, hechos que deben de agradecerse al Rey Católico con sus maquiavélicos principios, aunque en verdad muy encomiables y justificados, que el transcurso de cuatro siglos han venido a corroborar sus benéficos resultados en esa fusión e identificación de la misma raza ibérica en el Siglo de Oro.

25. — MUERTE DE DON FERNANDO. ACTIVIDADES DE CISNEROS.

A raíz de los últimos acontecimientos anteriormente narrados, nuestro Cardenal vuelve a Alcalá por los primeros días del año 1513, dedicándose de lleno a sus estudios y a la impresión de su Poliglota, en la que Brocacio trabajaba fundiendo los tipos desde 1511, y en la impresión del texto grecolatino del Nuevo Testamento, con su Aparato Crítico, interviniendo en su preparación el Pinziano, Demetrio, Ducas y López de Zúñiga.

También repobló de árboles los áridos cerros que rodean Alcalá, para remediar el mal de la escasez de leñas. Pero estos afanes resultaron inútiles por la terca persuasión de los campesinos, que decían (como hoy) les quitaban los pastos, destruyendo los ganados las tiernas plantaciones, lucha contra la incultura de los naturales, que hoy se sigue sosteniendo.

Mientras Cisneros se ocupaba de estos y de otros asuntos, don Fernando, que llevaba una vida nómada y sin reposo, no dando tampoco descanso a su activa mente, empezó a sentirse molesto, escribiendo a Cisneros en 1515 para rogarle se ocupase de los negocios públicos, lo que el

Cardenal, con sus cansados setenta y ocho años, no le cayó muy bien la proposición. Pero en su agudo entendimiento y pensando en lo futuro, veía el horizonte lleno de densos nubarrones sobre Castilla si el Rey llegara a morir, tocándole a él soportar el peso de las responsabilidades del gobierno hasta que Carlos llegase de Flandes.

En la Semana Santa de 1515 el Rey estuvo en el Monasterio de la Mejorada con la reina Germana, pasando después a Burgos, donde el 15 de junio, y en las Cortes de dicha ciudad, tuvo lugar la anexión de Navarra, a cuyos actos no asistió Cisneros, quedando engarzada aquella región como piedra preciosa a la corona de Castilla.

La melancolía del Rey iba agudizándose, enfermado al mismo tiempo del corazón, hasta el punto de revocar los dos testamentos que había hecho, para confeccionar otro en el que tenía que nombrar un Regente para el reinado de su loca hija doña Juana. Pero este Regente no aparecía, a lo cual el enfermo exclamó: «¿Entonces a quién?» Entonces, uno de sus consejeros (38), Galíndez de Carvajal, dejó caer un nombre en los oídos del enfermo: «¿Sería bien dejar al Cardenal de Toledo?»

El Rey hizo un gesto de displicencia y murmuró: «¡Cisneros!... Ya vosotros conocéis su condición.» Todos volvieron a enmudecer. «Aunque buen hombre sí es... y es de buenos deseos, y no tiene parientes, y es criado de la Reina y mío... y siempre en él habemos visto y conocido tener él afición que debe a nuestro servicio... Ya sabéis el humor austero de este hombre, que no se podría doblar, porque todo lo lleva a la extremidad; ¿lo queréis vosotros?...» Breve pausa. «Todavía es éste un hombre recto, tiene sus intenciones derechas, no es capaz de hacer ni sufrir alguna injusticia; será todo entero para el bien público, y siendo hechura de la Reina Isabel y mía, está obligado por reconocimiento a honrar nuestra memoria y a ejecutar nuestras voluntades.»

Con esto el Rey le manifiesta una ancestral aversión que sentía hacia la persona del Cardenal por su nombramiento de Arzobispo de Toledo, en detrimento de su hijo bastardo, por los negocios de Orán y por la denegación de cierto préstamo para las campañas de Navarra, ya que las rentas eclesiásticas las tenía dedicadas a usos más píos. Así es que fué quella elección más por conciencia y necesidad que por inclinación.

Fernando se veía acabar por momentos, siendo su mayor ansiedad y pesimismo el no haber podido lograr descendencia con la reina Germana, pues desde que en el año 1509 sufrió el cruel desengaño de ver morir en unas horas al único hijo habido con su joven esposa, sus deseos de sucesión se convirtieron en obsesión, acudiendo a remedios afrodisíacos, entre ellos, un «potaje crudo» (o un feo potaje), para que pudiera tener hijos, y que en lugar de darle vigor, arruinaron por completo su salud, convirtiéndose de hombre alegre en anciano fácilmente irritable, abandonando cada vez más el despacho de los asuntos públicos, en su «devoto» consejero Cisneros, cuya ayuda y cooperación eran indispensables en todos los problemas que abrumaban a los soberanos.

En la noche del 27 de junio de aquel año (1515) estuvo el Rey tan al cabo que creyeron todos que se moría, enfermo de «mal misterioso», que le produjo un síncope, marchando a los pocos días, medio repuesto, hacia Aranda de Duero, donde hizo nuevo testamento, revocando el de Burgos; y recibió a Cisneros, venido de Alcalá, esperándole el Monarca en las puertas de la ciudad, donde fué conducido en una litera, por no poder ya montar a caballo, no obstante lo cual seguía viajando sin descanso.

Por cierto que en la noche del 13 de agosto tuvo allí lugar un ruidoso suceso, que dió mucho que hablar. El

(38) En este consejo estuvo presente Francisco de Vargas, licenciado y tesorero, general del Rey y de su cámara, célebre por el dicho común muy conocido: «Averígüelo Vargas», ya que los reyes siempre le mandaban en negocios de averiguaciones confidenciales.

Rey mandó prender y llevar preso a Simancas al Vicecanciller de Aragón, Micer Antonio Agustín, por haber requerido de amores a la reina Germana, prisión que, al morir el Rey, anuló Cisneros bajo fianza.

Hacia los principios de aquel invierno decidió Fernando marchar al Sur, en busca de clima más suave. Ya se le había presentado una hidropesía, originada por lesión cardíaca, que le producía grandes accesos asmáticos, no obstante lo cual aún le quedaron fuerzas para una carcería de ciervos en una finca del de Alba, en Plasencia, donde recibió la nueva de la muerte del Gran Capitán, por lo que mandó guardar luto a la Corte, tal vez por antiguos remordimientos en su ingratitud con el soldado. Después pasó a Trujillo y otros pueblos, hasta que llegó a Madrigalejo, donde le esperaba la muerte.

La noticia del delicado estado del Rey había llegado a Flandes, viniendo a Madrigalejo el embajador y procurador de don Carlos, Adriano Florencio Boeyens. Deán de Lovaina, con objeto de tener al tanto de los acontecimientos a la Corte flamenca, hechos que Cisneros supo con antelación.

Cuando supo Fernando la llegada de dicho embajador, dicen que exclamó: «No viene sino a ver si muero; decidle que se vaya, que no le quiero ver». «E así el embajador se fué con asaz confusión».

Al Cardenal no le gustaron estas medidas del Monarca moribundo, pues consideraba a Adriano como excelente persona en letras y virtudes.

El Rey, aunque agonizante, no quería conformarse con su destino, pues su férreo espíritu no se hacía al pensamiento de la disolución final, creyendo poder luchar con la muerte, sin hacerse cargo de la gravedad en que se encontraba.

El 21 de enero llegó a Madrigalejo la reina doña Germana; el 22 escribió una carta de despedida a su nieto, don Carlos, firmando al mismo tiempo el testamento que ya había hecho en Aranda, confirmando una vez más el nombramiento de Francisco Cisneros, Arzobispo de Toledo, como gobernador de sus reinos, diciendo a los presentes: «Ya vosotros conocéis mi opinión del nuevo Regente que os propongo», contestándole los del Consejo que «ansi era la verdad todo lo que su Alteza les decía, y que era buena la elección, y mejor considerados los inconvenientes que de los nombramientos de otros se esperaban».

Después recibió los sacramentos, la Unción y a la media noche, entre una y dos, entrado el miércoles 23 de enero de 1516, murió plácidamente a los sesenta y cuatro años de su edad, en aquella posada de Santa María, de las afueras de Madrigalejo, cerrándole sus mortales ojos el duque de Alba. La hidropesía fué el golpe final (39).

Cuarenta y siete años hacía que había entrado en Castilla disfrazado de arriero para unirse con Isabel, siendo acusado por muchos críticos de ser avaricioso, mísero y tacaño, aunque más lo fueron sus contemporáneos Enrique VII de Inglaterra y Luis XII de Francia, tratándole esta nación de ser juguete de su mujer, pues decían que él llevaba la camisa y ella los calzones, llamándole por eso «Gean Gipon» (Juan Camisa). Lo cierto es que formaron una cabal pareja, don Fernando, eminentemente astuto y zorro, como lo avala su famosa frase «organizar Castilla y desorganizar Aragón, sería arruinar a ambos».

La personalidad dominante de doña Isabel absorbió durante su vida la de don Fernando, y fué la más influyente. Pero a la muerte de ella, el Rey se hizo calculador y frío, apoyando únicamente a quien podría reportarle beneficios, no obstante lo cual fué venerado por los españoles, por haber mantenido a los nobles en jaque, restaurando la disciplina y prosperidad en un país reducido al caos por las luchas intestinas que se habían sucedido en el reinado de Enrique IV.

(39) Veintidós meses después le seguiría a la tumba su colaborador el Cardenal.